



Tendencias suicidas. La paleta demónica de la oscuridad de los cuerpos

Layla Cora

Resumen

En el individuo habitan siempre un sinnúmero de deseos; sobre salir, tener éxito, cumplir con los estándares del mundo occidental. Mucha fama, el amor tal vez. Reconocimiento de los que son y no son nuestros semejantes. Todos estos deseos, se podría decir, tienen en común que enaltecen al individuo que desea o más bien, buscan eso; la trascendencia. Sin embargo en el individuo habitan otro tipo de deseos, los cuales están relacionados con esos pensamientos autodestructivos. Deseos de muerte y fin. Estos deseos, según el pensamiento occidental, son deseos que nos vienen de un mal profundo, de una estigmatización maldita que nos orilla a lo demoniaco. Este trabajo pretende hacer una aproximación a esos elementos, haciendo también un acercamiento a los elementos artísticos y estéticos que pudieran rodear a eso que podría llamarse una poética del suicidio.

Palabras clave: *Muerte, demoniaco, deseo.*

Introducción

Gobernar, Educar y Analizar. Tres profesiones imposibles de las que hablaba Sigmund Freud, a las que una lectura del psicoanálisis de Jacques Lacan pareciera agregar la de Desear, y que ahora, este intento fundado en una experiencia aparentemente indolente, tendiente a denominarse comercialmente como perversa, propone sumar otro arte también, todavía más controversial: el Suicidio.

Tratarlo como profesión -y arte-, en tanto insistente repetición cuasi disciplinada, es lo que intentan estas breves páginas desprendiéndole momentáneamente del mero espacio político (que en general da importancia sólo cuando se ocupan de realidades o problemas absolutos o bien, radicales). Abordarlo en tanto que modos estéticos¹ que nos sumerjan, literalmente, en mares de estudio acerca de sus relaciones, acciones y procesos. Si bien primero con referentes comunitarios o simbólicos, en nuestro cotidiano demandan un incansable retorno a devenires singulares. Y es que en el actual momento de actitudes posestructuralistas, es incuestionable la fortuna de caminar de nuevo por terracería ante cualquier “problema”.

Analizando algunos puntos de vista y proceder, por lo menos de algunos suicidas, es que podemos notar la más indispensable actitud humanista: la individuación, esa condición de estar que “precede por derecho la forma y la materia, la especie y las partes, y todo otro elemento del individuo constituido” (Ferreira, 2006, p.5). Aunque hablar de los deseos por la muerte, se ha llegado a comprender más desde la diferencia, pero vía la discriminación.

Todo aquél que opte por cederse a la Muerte lleva aún consigo la designación peyorativa del dicotómico patético-estrella, Jesucristo

¹ Término propuesto para mencionar la conjunción entre una postura ética (del deseo reflexión, inflexión y argumentación) y la estética cotidiana. Un momento pragmático que en la contingencia provocada por advertirnos de pronto en lo Real, hace que emerja la conceptualización desde la visualidad. Las éticas son microéticas, modernas irremediadamente, pero que ya con conciencia heterotópica hacen de su simbolismo un acto, una relación cultural transdisciplinaria y, ¿por qué no? una relación mística: la ética es, como lo bello, el comienzo de lo terrible, ese que todavía podemos soportar, tal y como Rainer Maria Rilke refería poéticamente). Un actuar acorde al acontecimiento, sin guiones, especie de abducción que consistiría precisamente en un escape atmosférico-estético, instantáneo, del enunciado a la enunciación del deseo: y lo admiramos tanto porque, sereno también nos destruye.

SuperStar (este ejemplo es notable, porque en dicha obra musical no se incluye la resurrección). En el suicidio, la comprensión, el reconocimiento y justificación institucional o política, como en todo arte, acontece la mayoría de las veces sólo por el sentimentalismo o, cuando se logra demostrar algún sentido socialmente benéfico; sin embargo, sabemos ya, por ejemplos tales como el de Anneliese Michel (Emily Rose), que es por lo menos ilegal, minimizar el pasaje al acto que implica. Y es que la “demanda de amor, de reconocimiento simbólico sobre un fondo de desesperación” (Chemama, 2004, p.5), es por lo menos demoníaca, le sobrevienen muchos elementos interesantes que en el transcurso de los tiempos se han desperdiciado, resultando en insistentes daños morales, que más bien habría que mencionarlos como faltas al derecho fundamental de todo sujeto, pero también en pérdidas estéticas que permitirían seguir reconfigurando nuestra actual dimensión ética al respecto, aun cuando ya contemos con los avances de la eutanasia.

Quia pulvis es et in pulverem reverteris, es una regla del “Génesis” rota en el suicidio, y que ante un total desconocimiento del papel que el desamparo juega en lo real, deja expuesta mediante nuestras viscerales reacciones la ignorancia que como sociedad tenemos al respecto, pero por otro lado nos regala una indudable joya para los estudios humanistas: la forma más agria del yo. El más grave de los tropiezos que literalmente nos hace polvo, pensar a un sujeto pendiente de Otro, ese Otro nada, causante de una absurda falta primordial, de un fallecimiento, objeto de conocimiento que, terriblemente, no siempre es un revelado para el suicida. Habrá que insistir pues, en establecer distancias entre el ser para la Muerte (una imagen, la experiencia del suicida en una repetición cortante) y los deseos por la muerte (un significante, la experiencia desde el suicidio en la resignificación constante).

Retomando pues, que la individuación antecede a las diferencias, notamos su carácter de indiferencia, acercándonos a lo que Gilles Deleuze, mediante su Diferencia y Repetición, nos describe:

La indiferencia tiene dos aspectos: el abismo indiferenciado, la nada negra, el animal indeterminado en el cual todo está disuelto, pero también, la nada blanca, la superficie de calma recuperada en la que flotan determinaciones no ligadas, como miembros dispersos, cabezas sin cuello, brazo sin hombro, ojos sin frente. Lo indeterminado es totalmente indiferente, pero las determinaciones flotantes no lo son menos unas respecto de otras. La diferencia ¿es intermediaria entre estos dos extremos? O bien, ¿no es acaso el único extremo, el único

momento de la presencia y de la precisión? [...] La diferencia es ese estado de la determinación como distinción unilateral. Acerca de la diferencia hay, pues, que decir que uno la hace, o que ella se hace, como en la ex-presión <<hacer la diferencia>> (Deleuze, 2012, p.61).

Como es habitual, Deleuze dirige a las ideas por los intrincados senderos de la paradoja, pero ¿acaso hay otro medio? No se es diferente sin antes haber logrado escapar de la indiferencia. La intensidad (por no decir experiencia) del estadio suicida, es irremediable para todo ser humano, pero es tan avasalladora que no todos escapamos a la literalidad imaginaria de su idea muerte, ni siquiera en tiempos de contar con su relatividad, gracias a la filosofía. Llegado el momento suicida, por alguna razón (ominosa para el superviviente), el sujetado entiende que no hay otra distensión más que terminarse. Arrojadamente invierte el pensamiento de la muerte en un acontecimiento real. Decide cederse, encarnando muerte con un cadáver imaginado previamente, aunque de manera inconsciente. Una indiferenciación que visualmente lleva unos cuantos matices, una paleta monocromática, la del paisaje melancólico: ahorcamiento, envenenamiento, ahogamiento, armas de fuego y punzo cortantes, sobredosis y caída al vacío, podrían englobarle casi en su totalidad.²

El suicidio es entonces, condición permanente, compleja, que habrá de distinguirse del mero asesinato. ¿Será que con el arte existe la posibilidad metodológica de realizar por lo menos otra clasificación? Analizar el *acting out*, antes que el pasaje al acto de la desintegración. Agregar a las ciencias forenses y criminológicas, al arte como otra posibilidad ampliada de estudio, además de la filosofía, la antropología o la sociología.

Jean Paul Sartre apuntaba que no existe el desamparo más que como conciencia de la radical soledad, entendida sin embargo como el inicio de una inflexión existencialista, como posibilidad vital, porque en el humanismo y la libertad no se puede hablar de suicidio excepto cuando el yo comienza a ser. La diferencia que demarcamos con el

² No se incluyen formas tales como la bulimia, anorexia, adicciones, obesidad u otras enfermedades crónico - degenerativas, por considerarse en una línea distinta de aquellas formas de suicidio que buscan la inmediatez de la desaparición (tekné-indiferenciada), porque precisamente éstas demostrarían rápida e insulsamente la tesis de que el suicidio le es inherente a todo ser humano consciente o inconscientemente (apoptosis), en el transcurso de lo que llamamos vida ¿Acaso el suicidio resuelve entonces la dialógica de vida-muerte? ars (latín).

suicida, reside por lo menos aquí, en que se “elige” (entrecomillado en tanto que dicha elección es de un orden también más allá de la voluntad como mera consciencia). Acto, a modo de permanecer vivo, a fuerza de la pasión del yo por existir. Al filo de la navaja, por agotamiento en la pérdida de sangre, desollar pieles, la glotonería, la inserción de tintas con estigmas irreversibles aún a pesar del gofrado laser, de los maquillajes o la necesidad de la eyaculación, intentos por retornar a la indiferencia confirmando todas las mordeduras. Una identidad escénica, que Slavoj Žižek describe como una máscara, el yo auténtico disfrazado de ficción construida “para ser capaces de vivir” -morir- “con la miseria de nuestras vidas”.³

En nuestros días ya no podemos continuar entendiendo al suicidio como un fenómeno (la conciencia humana no lo explica todo), en lo que a este texto respecta, se propone como un estudio visual, “una estructura abstracta que determina el campo de lo cognoscible en el territorio de lo visible” (Brea, 2009, p.179).

Todo tipo de diferencias se eslabonan: ¿dónde está el movimiento? ¿En la esfera del espíritu, o en las entrañas de la tierra, que no conoce ni Dios ni yo? ¿Dónde habrá de encontrarse mejor protegido contra las generalidades, las mediaciones? ¿La repetición es sobrenatural en la medida en que está por encima de las leyes naturales? ¿O, por el contrario, es lo más natural, voluntad de la Naturaleza en sí misma queriéndose como Physis, porque la naturaleza es de por sí superior a sus propios reinos y a sus propias leyes? En su condena a la repetición <<estética>>, ¿Kierkegaard no ha mezclado acaso todo tipo de cosas: una pseudo-repetición atribuible a las leyes generales de la naturaleza, una verdadera repetición en la naturaleza misma; una repetición de las pasiones según un modo patológico, una repetición en el arte y en la obra de arte? No podemos por el momento resolver ninguno de estos problemas; nos bastó encontrar la confirmación teatral de una diferencia irreductible entre la generalidad y la repetición (Deleuze, 2012, p.35).

El suicidio no ha sido suficientemente analizado como acting out: “una conducta sostenida por un sujeto y que se da a descifrar al otro a quien se dirige. [...] Aunque el sujeto no muestre nada, algo se muestra, fuera de toda rememoración posible y de todo levantamiento de una

³ Recuperado de <https://youtu.be/HAZiFWZpYds>

represión” (Chemama, 2001, p.3). Aquellas diferencias “sostenidas”, es importante enfatizarlas como repeticiones que desde teóricos tales como Gilbert Simondon (quien heredó dicha observancia a Gilles Deleuze), se abordan como relaciones nada apacibles en tal proceso. Hay en las artes una compulsión a la repetición, acciones que se debaten insistentemente entre los aberrantes: resignificación, reproducción y por tanto, recuerdo.

Desde el comienzo, Freud señalaba que, para dejar de repetir, no bastaba recordar abstractamente (sin afecto), ni formar un concepto en general, ni siquiera representarse en toda su particularidad el acontecimiento reprimido: era preciso ir a buscar el recuerdo allí donde se encontraba, instalarse de golpe en el pasado para realizar la conexión viviente entre el saber y la resistencia, la representación y el bloqueo. [...] Aquí, como en otros casos, la toma de conciencia es poca cosa (Deleuze, 2012).

Por supuesto no hablo de aquellas artes cuyos objetos se encuentran secuestrados en los debates capitalistas ya institucionalizados, sino de las prácticas de culto que solamente pueden encontrarse contadas veces, casi por accidente, en esos lugares denominados (todavía y a pesar de sus fallas) como academias. Prácticas artísticas, estéticas, éticas, que se notan de reojo, en primera presencia, en la corporalidad o en segundo grado (representación) en la obra de los artistas estudiosos de sí, en su propio cuerpo también pero no en calidad ornamental sino como huellas. Su belleza llama la atención de aquellos quienes sientan atracción por cuestiones que pertenezcan a las aristas veladas, oscurecidas, por lo comercial.

En los cuerpos, el lado oscuro, aunque permanece bajo la ropa (o las requisiciones del artista contemporáneo), presenta la desnudez auténtica del arte.

Habría incluso que invertir las relaciones de lo <<desnudo>> y lo <<vestido>> en la repetición. Sea una repetición desnuda (como repetición de lo mismo), por ejemplo, un ceremonial obsesivo, o una estereotipia esquizofrénica: lo que hay de mecánico en la repetición, el elemento de acción aparentemente repetido, sirve de cobertura a una repetición más profunda, que se desarrolla en otra dirección, verticalidad secreta en la que los roles y las máscaras se alimentan del instinto de muerte. Teatro del terror, decía Binswanger refiriéndose a la esquizofrenia. Y lo <<nunca visto>> no es allí lo contrario de lo <<ya visto>>; ambos significan lo mismo y son vividos el uno en el otro (Ibid, p.45).

Es muy cierto que cuando se trabaja con metodologías trídicas, ya sea la semiótica de Charles Sanders Peirce, el psicoanálisis de Sigmund Freud y Jacques Lacan, o la sección áurea, es porque se ha iniciado a estudiar al arte desde espacios simbólicos temerosos, pero que irremediablemente anuncian un desbordamiento dimensional y, sin embargo, han sido más habituales los análisis frívolos, petulantes basados en experimentos con personajes acomodados y cómodos, resultando una serie de saberes no aplicables a la masa y mucho menos al estrato tercermundista, latinoamericano o para ser más precisos de barrio. A diferencia de otras epistemes que coartan cualquier desplazamiento, más aún cuando se les adoptan desde la demanda, con este escrito intentan recuperarse los productos del deseo.

Es necesario precisar que para este momento conceptos tales como La Muerte o El Cuerpo, son simbolizaciones de tipo significante; actos que “inauguran siempre un corte estructurante que permite al sujeto re-encontrarse [...] radicalmente transformado, distinto del que había sido antes de este acto” (Chemama, 2004, p.3), que convenientemente y por ser procesos ilimitados se anuncian desde esta epistemología como marcajes polaroid en el devenir. Así es como por ahora, podemos sostener la existencia del conocimiento, sabiendo de sobra que cualquier cuestión psíquica trata más bien de una posición contemplativa hacia el sí mismo, a través de Otro, tal y como Jean-Luc Nancy define el ejercicio del Retrato, una mimesis que trata de hacer aparecer “el enigma mismo del ser” (Nancy, 2013, p.18).

Pero, ¿dónde y cómo podemos notar tales desplazamientos?

Hasta no hace mucho, Enrique Metinides formó parte de los artistas (anónimos, estudiosos), conocidos sólo por los especialistas en su género. Los morbosos “enfermos” y “adictos” a la revista Alarma y demás espacios de la nota roja podían apreciar la belleza de su profesión. La institución artística captura recientemente al fotógrafo de nota roja, con un montaje curatorial en el Foto Museo Cuatro Caminos, resultando una de las pocas ocasiones en que imágenes “sensibles” ocupan, “sin censura”, un espacio de exhibición de gran renombre y con una digna campaña de difusión mediática.

Metinides menciona cómo “sin pensarlo fue su profesión, ser fotógrafo, pero en realidad fue azares del destino” (sic). Interesante su referencia al lector cuando dice del público a quien dirigía su trabajo;

describe y enfatiza que buscaba sobre todo la toma de el mirón, “el que se acerca a ver el accidente”.⁴

El 17 de febrero de 2014, un mes antes del fallecimiento de su director Miguel Ángel Rodríguez, la revista *Alarma* lanzó su última publicación, con ello se fue uno de los pocos foros dignos, populares, que existían para los amantes de la belleza gore en México, porque a pesar de que en los medios masivos de información se le consideraba *snuff*, no existe tal analogía, ya que se trata en todos los casos de tomas posteriores a los eventos criminales.

Lo más insoportable, es el haber dejado sin un importante espacio profesional, o por decirlo de otra manera, sin un potente medio de desublimación⁵ a otros suicidas como Metinides, quien a pesar de reconocer en esa corta entrevista que de niño, por estar tan cerca de dichos acontecimientos, “lloraba, ya dormido”, también parece brillarle un tanto su mirada, acuosa y roja, al informarnos de sus “diez y nueve accidentes de muerte: Un infarto, nueve costillas rotas, me atropellaron dos veces por estar tomando fotos, me caí en barrancos...”. Estos suicidas de la nota roja, cual taxidermistas, se escurren y pelean los lugares aún disponibles en el periódico *El Metro*, *El Gráfico*, o si acaso y ya muy de vez

⁴ Alberto Aranda, “Enrique Metinides: El Hombre que vio demasiado”, Noticias22Agencia, Youtube.

⁵ En una conferencia en el año 2010 en el Congreso de Psicoanálisis de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Gerard Wajcman anotaba encontrarse elaborando una resignificación de la sublimación propuesta por Sigmund Freud. Mencionaba que si seguíamos la correcta lectura actualizada de dichos estudios, debíamos referirnos a un proceso donde se atraviesa el velo de la belleza, porque aún y cuando ésta parece decirnos que no hay que ir más allá, este hecho es precisamente lo que genera el enganche estico, por eso la sublimación nunca refería a una cura sino, por lo menos, a un sostenimiento. Por ello, el psicoanálisis, imitando al arte, trabaja una teoría de la belleza que no es una simple teoría estética. Aplicar el arte al psicoanálisis implicaría pues, que la noción de sublimación designa todo lo que hacemos fuera de la sexualidad, movimiento generado por un mal-estar en la cultura, porque para vivir en sociedad sacrificamos parte de nuestro goce, por tanto, ir a un museo por ejemplo, implicaba para Sigmund Freud una recompensa a ese sacrificio. Pero, qué implica la confrontación con el arte contemporáneo (aquellas manifestaciones visuales externas a la institución -por romper los esquemas clásicos de cualquier época-), sino una desublimación, una relación más de angustia que de consolación, ese preciso y tenso enganche con la imagen en que es posible evadir los actos de fuga real, otra vez una posible solución de un problema también político y social, dentro de una paradoja.

en cuando, en La Prensa. ¿Qué será de ellos ahora? ¿Y con aquellos que mediante el deleite pornográfico se deslindaban de sus pasajes al acto?, “un acto inconsciente, cumplido por un sujeto fuera de sí, que se producía en lugar de un <<acordarse de>>

Este acto, siempre impulsivo, podía llegar hasta el asesinato o el suicidio” (Chemama, 2004, p.2). Existen también otros, los que en un estudio realmente humanista aportan aún más. Los artistas del horror desinteresado.

Matarse implica, en función de todo lo anterior, a las ideas de morir, los deseos por la muerte que, durante mucho tiempo se han visto potencialmente presentes, pero casi siempre de lejos (aunque se trate del suicidio del sí mismo). El suicidio, en tanto ideas, ocupa literalmente al cuerpo, le es correlativo, evidencia la desnudez del sujeto. Es por demás sugerente equipararlos al evento de la posesión, es Gilles Deleuze mismo quien hace referencia a lo demoníaco cuando nos explica más a detalle lo que sucede en los eventos derivados de la repetición.

Si la repetición nos enferma, es ella también quien nos cura; si nos encadena y nos destruye, es igualmente ella quien nos libera, testimoniando en ambos casos su potencia <<demoníaca>>. [...] ¿Cómo puede relacionarse este juego con el instinto de muerte? Sin duda en un sentido cercano a aquel en que Miller dice, en su admirable libro sobre Rimbaud; <<Comprendí que era libre, que la muerte, cuya experiencia había hecho, me había liberado>>. Se vuelve evidente que la idea de un instinto de muerte debe ser comprendida en función de tres exigencias paradójicas complementarias: dar a la repetición un principio original positivo, pero también una potencia autónoma de disfraz y, por último, un sentido inmanente en que el terror se mezcla estrechamente con el movimiento de la selección y de la libertad (Deleuze, 2012, pp.46-47).

Pero se necesita contar con “conocimientos especializados”, con formaciones cimentadas en una serie de prácticas obsesivamente disciplinadas, no petulantes, repetitivas hasta el sangrado, o el vómito, o la desesperación misma de terminar con las uñas a mordiscos o profusamente largas. Éstas prácticas que poco a poco rematan, cual desacato Frankenstein, creando monstruos que utilizan ropajes para ocultar, no la piel ni, las glándulas y miembros sexuados, sino a las escrituras sagradas, el culto del misterio que arroja a ciertas prácticas, antes que

modas, son retomadas por algunos sadomasoquistas como la llave maestra de compulsivos secretos indescritibles.

Arte camuflaje. Como en Metinides, manifestaciones o transformaciones que acontecen en ciertas especies, esas adaptaciones formales no son conscientes, sino azarosas, *tyches* ante la inercia catastrófica de lo real (la naturaleza o *Physis* que menciona Deleuze).

En algunos humanos el camuflaje se revela mediante diferentes técnicas gráficas, por mencionar sólo algunas de ellas referiremos: el tatuaje, la escarificación, el *corpse paint*, la pintura con saliva y el *cutting*. Hiperrealidades no como puras teatralidades sino como accionismo que presenta un determinado mundo en tanto la singularidad de sus escenas. Toda manifestación visual es representación, pero lo que se ha manifestado es la sensación instantánea, que pone en riesgo a la psique no sólo del individuo expuesto, es la forclusión de la muerte haciéndose presente en los síntomas observados por determinado espectador o testigo.

No es la muerte del sujeto lo que designa un suicidio, ni enfatiza su presencia, (eso es imposible, es incoherente pensar que un cadáver represente la presencia de alguien), ni siquiera la sonrisa o mueca anterior a la muerte es importante, sino la previa diferenciación forzada en el espacio lo que determina su devenir. Es el carácter de *body bag* del sujeto, lo que nos pudiera dar pistas de esa huella devenir (efímera, cicátrica, poliforme, inestable). El suicidio como el cáncer, sigue en etapa observable, no curable. El suicidio es nuestra concepción de desnudez actual, es decir, acto de develar, desarropar la hasta ahora pensada y catártica autobiografía, (selfiegrafía) escritura de los avatares, que junto con el desamparo parcial del lenguaje, enmarcan mediante la ineludible mirada analítica acercamientos que colocan de nuevo a lo soez, la obscenidad, lo grotesco, lo cómico y lo “desviodegradable” como la visibilidad actual, ya no de las razas, sino de obscenas humanas.

Ellos, desde la oscuridad generan formas mórbidas de cotidianos escurridizos, cada uno como tonos de ese paisaje cotidiano ya referido. Curioso el caso de la palabra demoníaca, que en principio refiere etimológicamente a un “educador”, después y por las volteretas del conocimiento mismo, nos lleva hasta la presencia misma de Lucifer. La oscuridad como el inicio, el paradigma real, siendo así que todo lo que sabemos respecto del color hasta ahora, ha sido construido desde ese concepto originariamente negativo de la “luz”, por tanto, todo color, matiz, degradación, es producto de una alucinación singular.

En ciertos vestigios apalabrados se encuentran las tendencias suicidas, para exponer después, sinvergüenza, obscenas prácticas

ocultistas que muestran para sí, sin pudor, el sostenimiento de un inconsciente plagado de caos, movimiento, pero sobre todo, catástrofe. Manifestaciones del deseo por estar continuamente acabándose en el cuerpo, y asimismo, dotándole de posibilidades de supervivencia.

Por lo menos en el psicoanálisis, la cualidad intrínseca del conocimiento sería su capacidad anímica por enfrentarse a lo que no es evidente, y es por decepcionante que todas las descripciones que se realizan del suicidio, resultan en un acto, un ejercicio (triste) de voluntad, es decir, un camino hacia aquello válido para la epistemología, pero más bien podría otorgársele siempre la trascendencia del poner fin a lo que conocemos por “vida” o “libertad”, y reclamar sus pequeños ejercicios previos de muerte e independencia que, si continuamos en la lógica de la paradoja, no son sino la máxima representación de lo vital. El suicidio como algo que aunque pudiera ser perjudicial e indiferenciado socialmente, se ha seguido en virtud de una causa, el objeto causa del deseo, único sostenimiento del sujeto.

La forma de muerte desaparecida del vocabulario como protagonista pesimista del suicidio. Recalcar más bien su emergencia cual promotora de una insistencia nefasta, cínica, cómica pero revolucionaria.

¿Qué más incómodo que un ser quien, a pesar de dar cuenta de una aparente necesidad por reconocimiento simbólico y amor del Otro, decida cotidianamente mantenerse en el juego del autochantaje. ¡Muerte para sí!, ¡la estética del gore! antes que regalar la paz, la posibilidad de olvido, o el morbo flácido de un cadáver indolente en la sepultura?

Bibliografía

- Brea Cobo, J. L., (2009) *Cultura_RAM: Mutaciones de la cultura en la era de su distribución electrónica*. Gedisa, España
- Chemama, R., et. al., (2004) *Diccionario del psicoanálisis*, Traducción de Teodoro Pablo Lecman e Irene Agoff, 2a ed. Amorrortu Editores, Buenos Aires
- Deleuze, G., (2012) *Diferencia y Repetición*, Traductora María Silvia Delpy, 1a ed. Amorrortu Editores, Buenos Aire.
- Giménez Gatto, F. Et. Al., (2013) *Retrato y Visualidad*, Editorial Fontamara, Ciudad de México.
- Maier, C., (2005) *Lo Obsceno*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2005.

Revistas

Ferreira, Julián, "La individuación: una perspectiva sobre la cuestión del hombre", Nuevo Itinerario Revista Digital de Filosofía, Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades [en línea], 2006, Número 5. <http://hum.unne.edu.ar/revistas/itinerario/revista5/articulo01.pdf> 18 de mayo 2016.

Videos

Aranda, Alberto, "Enrique Metinides: El Hombre que vio demasiado", Noticias22Agencia, Youtube, [en línea], publicado 24 febrero 2016. <https://youtu.be/myrCPO9KtrE> 28 de Mayo 2016.

Holdenraber, Paul, "Slavoj Žižek. Voyeurism and digital identity" - International Authors' Stage. [en línea], publicado 20 de mayo de 2014. <https://youtu.be/HAZiFWZpYds>. 4 de Junio 2016.

